
Enseñanzas metaeconómicas vallianas (II)

Daniel Coronas Valle y José M. Domínguez Martínez

Resumen: Esta nota, complementaria de otra anterior, tiene como propósito recoger una síntesis de algunas experiencias y episodios vividos por uno de los más genuinos representantes de la docencia y la investigación económicas en España, como es el profesor Victorio Valle. A su dilatada y extensa trayectoria académica se suma también una amplia experiencia en diversos puestos de responsabilidad públicos y privados en las áreas económica y financiera, así como en relevantes centros de investigación. En todo ese largo recorrido, además de haber efectuado importantes contribuciones en las vertientes docente e investigadora, ha ido acumulando un notable elenco de episodios singulares que revelan el lado humano de la profesión económica. De tales episodios se desprenden también interesantes lecciones, no sólo con un componente formativo e ilustrativo, sino también lúdico.

Palabras clave: Victorio Valle; Economía; Hacienda Pública; Enseñanza universitaria.

Códigos JEL: A23.

Introducción

En un artículo anterior (publicado en la revista *eXtoikos*, número 26, 2023) se recogía un elenco de episodios acontecidos en el ámbito económico, atesorados por el Profesor Victorio Valle, de los que se desprenden instructivas enseñanzas, las cuales resultan un valioso complemento para el devenir de quienes se han decantado por emprender la andadura académica. Esta nota sirve como continuación de dicho inventario, al que se incorporan otros cinco lances.

Puntualizaciones de un Premio Nobel holístico

En la década de los años ochenta visitó España un renombrado economista estadounidense, autor de aportaciones seminales en áreas básicas de la teoría económica, todavía no superadas. El insigne académico acaba de ser galardonado con el Premio Nobel de Economía, y fue recibido con todos los honores en la capital madrileña, donde impartió una muy celebrada conferencia.

No obstante, antes de comenzar los actos programados, los miembros del comité organizador se vieron sorprendidos por la solicitud que realizó el laureado economista. Su pretensión no era otra que

jugar un partido de tenis o, más exactamente, según pareció insinuar *sottovoce*, apabullar en un partido de tenis, como haría más tarde con su disertación.

A tal fin se buscaron (y encontraron), dentro del colectivo de profesores, víctimas propiciatorias. Uno de ellos, que dominaba el inglés a raíz de su formación posdoctoral en una universidad norteamericana, aceptó gustoso el sacrificio del resultado planificado ante el insigne economista, que, por aquel entonces, había superado ya la cota de los 60 años, aunque mantenía una gran forma, no sólo intelectual, también física.

Tras la exhibición deportiva, se organizó una ceremonia formal de bienvenida. A tal efecto, el profesorado formó filas delante del edificio de la universidad anfitriona para que pudiera conocer al galardonado *in situ* y de primera mano. En la tanda de saludos, el ilustre invitado fue preguntando metódicamente a todos los docentes por su rama y especialidad dentro de la Economía. Cuando le tocó el turno a un profesor, que, de una etapa anterior, contaba con experiencias en ceremonias litúrgicas, afirmó que su trabajo consistía en explicar la economía de la empresa. A tenor de su desabrida respuesta, no parece que esta

especialidad fuese muy apreciada por el reciente Nobel, que, no obstante, ante su desolación, manifestó al compungido profesor que “en realidad, somos iguales; la diferencia radica en que los macroeconomistas jugamos al tenis y los microeconomistas centrados en el ámbito de una empresa practican el ping-pong”.

Tras este breve acto, el ilustre macroeconomista impartió una conferencia, sin que, en este caso, la audiencia se viera sorprendida por el extremado rigor de la disertación y el recurso a sofisticadas formulaciones matemáticas.

Para contestar tan excelente conferencia se había requerido a un destacado maestro español para que elaborase una *laudatio* como discurso de contestación. Afortunadamente, las cautelas propias de los experimentados miembros del comité organizador les habían llevado a hacer llegar previamente el borrador del discurso al estadounidense. Para sorpresa de algunos profundos conocedores de la obra del Premio Nobel, éste no planteó ninguna objeción de fondo, y se limitó a matizar una frase en la que se ponderaba cómo, aparte de su excelencia en el campo económico, el buen conocimiento de las matemáticas le había permitido el desarrollo de complejos problemas de cálculo diferencial necesarios para la formulación de sus postulados teóricos. Simplemente, como *sugerencia*, indicó que en el texto final debería reflejarse que su conocimiento de las matemáticas, más que bueno, era “magistral”. Y así se hizo constar en aquella *laudatio*.

Reformas tributarias en el limbo

Narra nuestro ilustre Profesor, quien desempeñó un importante papel en el diseño de la reforma tributaria puesta en marcha en la etapa democrática, que, desde bastantes años antes, relevantes hacendistas venían trabajando en la configuración de un nuevo sistema fiscal para España. De hecho, ya a finales de los años sesenta tuvo conocimiento de las circunstancias que rodearon la presentación, de carácter

reservado, a la más alta instancia del país de una propuesta de reforma tributaria largamente ansiada por necesaria.

Como todos aquellos proyectos, se solía asignar un color a la encuadernación, verde en este caso, al manuscrito elaborado, que, además, solía gozar del secreto, amparado por estrictas medidas de seguridad, para evitar filtraciones indeseadas pese a luego ser aplicable -si lograba culminar el proceso- a todos los contribuyentes. Prodigios de la (no) transparencia de un época pasada. Hoy día, los informes de “personas expertas” son presentados públicamente y están disponibles, aunque en modo alguno eso garantiza su asunción por los poderes públicos.

El entonces ministro del ramo, ataviado con sus mejores galas, provisto de un elegante frac, visitó al Jefe del Estado con el afán de glosar las necesidades de modernización del sistema tributario hispano. En apariencia, el Jefe del Estado escuchó con atención las prolijas exposiciones del ministro y de su acompañante y ponente de la reforma, a la sazón el Profesor Octavio Carrión. Ambos quedaron bastante bien impresionados del privilegiado (cuasi)*tête-à-tête* fiscal con su excelencia, a la espera de una futura aprobación, aunque nunca supieron interpretar la frase del General “vienen a por nosotros...”. Sin embargo, diez días más tarde, lo único que se aprobó fue la destitución fulminante del ministro y el archivo *sine die* de tal proyecto de reforma, que, afortunadamente, y con un contenido más ambicioso, se produjo a raíz de los Pactos de la Moncloa.

Portadas de revistas económicas

Las revistas económicas españolas de impacto científico atesoran una larga y fecunda tradición en nuestro país. No sólo por la calidad de sus autores o la relevancia de sus contenidos, sino también por su cuidadosa y esmerada selección, preparación y maquetación. El insigne profesor Carrión estaba siempre muy

pendiente de todos y cada uno de los detalles hasta el punto de revisar las portadas de una de las revistas señeras de economía española de la que era director y factótum. Con ocasión de la publicación de un número dedicado al Tratado europeo de Maastricht, el profesor encargó algo especial para aquella portada: una ilustración, un cuadro o pintura que reflejase algún símbolo identificativo de aquella ciudad.

El equipo de redacción, ni corto ni perezoso, contactó con el Ayuntamiento de la ciudad neerlandesa en pos de la anhelada ilustración. En efecto, recibió como respuesta un bello y detallado plano medieval de la ciudad. A punto ya de las galeradas del número en cuestión, uno de los colaboradores, tan detallista o más que el director, detectó usando una lupa que entre las calles de aquel mapa se distinguían escenas con contenidos bélicos poco apropiados para la filosofía del sumario de la revista. Huelga señalar que aquella portada fue sustituida *in extremis* por otra menos explícita en detalles, dominada por un obelisco de la ciudad. El equipo encargado de la edición, un tanto milagrosamente, evitó el entuerto y, así, también las temidas consecuencias del enojo del perfeccionista director de la prestigiosa publicación.

El mejor escribano echa un borrón

Cuenta la leyenda que el profesor Emigdio Ceballos, eminente economista español, tuvo, en sus inicios académicos, allá por los años 50, dudas sobre su orientación académica y profesional. Hasta tal punto, que llegó a dudar de su capacidad en el ámbito del conocimiento económico, cuando cursaba sus estudios de Derecho, única posibilidad entonces en España de acercarse a las Ciencias Sociales y a la Economía en concreto. Las dificultades existentes para el aprendizaje de asignaturas novedosas, sin duda no menores, probablemente truncaron la vocación académica y docente de quienes podrían haber llegado a ser notables profesores.

El profesor Ceballos, sorpresivamente, llegó a verse con una papeleta de suspenso en una asignatura de contenido económico, lo que, además de inusual en su inmaculado expediente académico, le hizo replantearse su futuro. No faltan versiones que atribuyen ese hecho anómalo al escaso aprecio personal que el docente tenía hacia el estudiante, lo que pudo llevarle a extremar el grado de dificultad de las preguntas planteadas. Sea como fuere, lo cierto es que, en lugar de la Economía, el Derecho Administrativo se perfilaba como su opción académica.

Inmerso en aquellas tribulaciones, alguien cercano le recomendó que buscara un profesor de apoyo que incidiese en los aspectos prácticos de la Economía, complementando así el carácter analítico de nuestro protagonista. Lo curioso de aquello es que el profesor que desempeñó a la perfección aquella tarea no era economista sino estadístico, si bien supo ilusionar y reenganchar a la ciencia económica al entonces dubitativo alumno. A aquel estadístico poco conocido le corresponde una buena parte del mérito de haber rescatado para la causa económica al profesor Ceballos, cuyo legado intelectual sigue vivo.

Esa pregunta no es para mí...

Los anales de la economía no pueden recoger la infinidad de anécdotas que demuestran el ingenio personal y la talla humana de los maestros universitarios a lo largo de los años. Una de las más celebradas tuvo lugar en plena transición política, cuando grandes mentes económicas del país se reunieron en una localidad de la sierra madrileña, a fin de perfilar una hoja de ruta de la economía española.

Al terminar el cónclave, se dio paso a la prensa para que pudieran preguntar a los intervinientes por las conclusiones y propuestas alcanzadas en esa cumbre. Un periodista inquirió al profesor Osvaldo Huertas por su posición sobre la capacidad de los bancos para financiar empresas e

incluso ser dueños de estas. La diabólica pregunta tenía algo más que aristas en su posible respuesta, ya que el complejo contexto político y social aventuraba que algunos sectores podrían quedar descontentos, fuese cual fuese la respuesta.

Haciendo gala de probadas tablas y de su fina ironía, el profesor Huertas, con gran tacto y habilidad, trasladó la pregunta -sin posibilidad de devolución- a uno de sus más prometedores discípulos que le acompañaba, aludiendo a que era este quien había desempeñado un puesto institucional sobre la política financiera en aquellos años y tenía un conocimiento de primera mano sobre la materia. Inmediatamente, el enjambre de periodistas y cámaras rodeó al sorprendido discípulo, que pudo lidiar e improvisar una respuesta equilibrada, con la que logró no despertar el recelo ni la animadversión de nadie.